



ARIEL



REVISTA DEL
CENTRO ESTUDIANTEL ARIEL



MONTIVIDEO

Año I. Diciembre de 1919-Enero de 1920. N.ºs 6-7

477

El 2

MARIO COPPETTI

Ingeniero

CANELONES 1562.

VÁZQUEZ BARRIERE Y RUANO

Arquitectos

ITUZAINGO 1467 (P. Braceras).

ROBERTO QUINTANA MOYANO

Cirujano-Dentista

URUGUAY 1310.

Dr. PEDRO ESCUDER NÚÑEZ

Médico

VI. 1531.

ALFREDO EASTON

Químico - Farmacéutico

CHARRUA 1934.

Dr. BARTOLOMÉ VIGNALE

Medicina

SORIANO, 1010.

CONTADOR ROBERTO LÓPEZ MACIÁ

Clases de contabilidad

SIERRA, 1671.

RAÚL J. FAGET

Arquitecto

RIO BRANCO, 1410.

INSTITUTO UNIVERSITARIO

1464 - Convención-1464

DIRECTORES: *Manuel Landeira—Armando Acosta y Lara—Abel Pérez Sánchez y Juan José Illa Moreno.*

CURSOS UNIVERSITARIOS

SECUNDARIA Y PREPARATORIOS

HORAS DE INSCRIPCIÓN: 2 A 5 P. M.

ARIEL

REVISTA MENSUAL DEL CENTRO ESTUDIANTIL "ARIEL"

SUMARIO:

Año 1

N.ºs 6-7

Nuestra encuesta.—Contestación de los doctores Pedro Escuder Núñez y Emilio Frugoni.

El renacimiento idealista.—Profesor Fernando Beltramo.

El Sauce.—Versos de Fernán Silva Valdés.

Crítica literaria.—Juan Parra del Riego.

Naturalización obligatoria.—Juan Carlos Garay.

Extensión Universitaria.—I. Pereda Valdez.

Notas.

Redacción y Administración
Sarandí, 490

MONTEVIDEO.

Centro Estudiantil "ARIEL"

490—CALLE SARANDÍ—490

COMISIÓN DIRECTIVA:

Presidente: Carlos Quijano — *Vicepresidentes:* Adolfo Folle Juanicó, Teófilo Piñeyro Chain — *Secretario:* Aurelio Barrios Amorín — *Prosecretarios:* Walberto Pérez, Agustín Ruano Fournier — *Tesorero:* Adolfo Coppetti — *Protesorero:* Ricardo Cat Alvarez — *Bibliotecario:* Carlos Benvenuto — *Vocales:* Eugenio Petit Muñoz, Arturo Lerena Acevedo, Luis Enrique Piñeyro Chain, Ildefonso Pereda Valdez, A. Gómez Haedo, A. Quesada, Julio Iturbide, Alfeo Brum, Raúl Negro, Alberto B. Hardoy, Vicente Elorza y Eugenio Fulquet.

COMISIÓN DE REVISTA:

Redactores: Carlos Quijano, Eugenio Petit Muñoz, L. Enrique Piñeyro Chain, Alejandro Gómez Haedo, Víctor Armand Ugón, Ildefonso Pereda Valdez. — *Administrador:* Walberto Pérez.

SOCIOS CORRESPONSALES:

EXTERIOR.—*Rep. Argentina:* G. Evaristo Cubelli (Sarmiento, 1320, Escrit. 7.ª).—*Río Grande (Brasil):* Jorge Salis Goubart (Rua Carneiro, 556 - Pelotas).—*Paraguay:* A. Jover Peralta (Cerro Corá, 380).—*Perú:* Dr. Víctor Andrés Belaunde.

INTERIOR.—*Artigas:* Anaulirio Pereira. — *Salto:* Juan J. Rolán. — *Paysandú:* Julio E. Molinolo. — *Río Negro:* Werner Liesegang. — *Soriano:* Juan A. González. — *Colonia:* Isidro Leonar. — *Rivera:* Dámaso Uribe. — *Tacuarembó:* Julio Maia. — *San José:* J. Mario González. — *Flores:* M. Díaz Cibils. — *Florida:* Plácido S. Olariaga. — *Minas:* Rufino Larrosa Helguera. — *Canelones:* Julio Trias du Pré. — *Maldonado:* Edgardo M. Gutiérrez Carlone. — *Rocha:* Amelio González. — *Treinta y Tres:* Camilo B. Urueña. — *Cerro Largo:* Danubio Yañez.

CANJE—Se solicita de las Instituciones culturales, Asociaciones y Centros de Estudiantes, a los cuales se les remite esta Revista, quieran enviar al Centro Estudiantil «Ariel» las publicaciones que efectúen.

COLECCION ESTUDIO

“Apuntes sobre Generalidades de la Química Inorgánica”

SOLUCIONES

EN PRENSA.

W. PÉREZ. - A. EASTON. — Maximino García, Sarandí, 461

Nuestra encuesta

Contestación del Dr. Pedro Escuder Núñez

La Juventud ante los problemas sociales. -- Función social de la Universidad. — Nuestro problema social.

Aquel día en que hubieron dos hombres juntos sobre la superficie de la Tierra, ese día nació el problema social.

Discutir, pues, si en nuestro país existe, me parece fuerte, demasiado fuerte.

También lo es considerarlo idéntico, p. ej.: al problema ruso, chino o boer. Pero existe un problema social sudamericano y no hay un solo hombre de pensamiento que no haya meditado sobre él. Es muy significativo y debe contener por lo menos una gran parte de la verdad, que cuando se afina la meditación y se busca qué es lo que hay que hacer, en primero y último término, todos llegamos a la misma conclusión de Alberdi: poblar.

Sólo que civilizar no es poblar solamente; los cuatrocientos millones que pueblan la China nos lo prueba; también vale como prueba, el ejemplo inverso: los escasos treinta mil atenienses de la Grecia de oro.

Parece indudable, así, que la calidad prima el *quantum*; pero donde esta noción es fundamental y debe constituir el genio del poblador, es en nuestra América indo-hispánica, cuya demografía se tiende, por lentas graduaciones étnicas, desde el tipo africano puro hasta el rubio celta.

Negro, mulato, indio, chino cholo, chino preto, pardo, mestizo, moreno, cuarterón, criollo, blanco, con tipos intermedia-

rios aún, constituyen una escala racial, con facultades fisio y psicológicas distintas que hacen demasiado vasto y complejo el problema, para ser tratado ligeramente.

Y dado que no es posible la sustitución veloz de esta variedad étnica por la uniformidad del tipo europeo, indiscutiblemente superior, desde todo punto de vista, no hay sino un camino a seguir, lento pero seguro, y es el de la introducción en grande escala de las razas rubias. Digo rubias y no blancas, porque dentro de esta última, conceptúo superiores, desde el punto de vista de su importación a Sud América, a las razas del norte europeo: sajones, germanos, noruegos, daneses, etc., sin querer establecer por ello jerarquías de otro orden que aquel a que acabo de referirme.

Ya se sospechará que esta preferencia no radica en el color de la piel, sino en las características y hábitos especiales a este tipo superior de poblador que es el norteno, y que ha podido dar en breve tiempo ese estupendo producto que es Norte América, ejemplar del mundo.

Todos nos hemos preguntado alguna vez cuál sería el estado presente de la América austral si los colonizadores hubieran sido los hombres del norte europeo, y la verdad es que la visión que imaginamos como respuesta es muy superior a la realidad actual.

Aún estamos a tiempo. América es un palacio a medio habitar. La población del mundo podría volcarse en su interior y no colmaría su capacidad, ni agotaría sus fabulosas riquezas.

En lo que respecta a nuestro Uruguay, en el que no existe el problema indígena, ya que la población es por excelencia europea o mestiza, la introducción de cien o doscientos mil ejemplares de "sangre rubia" valdría, al hombre de Estado que los trajera, la gratitud de la nación y el aumento de nuestra deuda en quinientos millones de francos. Todavía le quedaríamos deudores.

Esta inmigración seleccionada debe ir a la tierra, a la gleba sudamericana, que da cincuenta por uno y hasta cuando no se le pide nada.

Mas no hay tierras, se dice; no hay tierras libres, pero hay tierras improductivas y el latifundio antiguo es la lastra de la tierra.

Llamo latifundo antiguo a la tierra abandonada al cielo, sobre la cual se "siembra" el ganado al albur de la estación, para que se reproduzca de año en año, recogiendo luego la "cosecha" ignorada casi siempre y que trasmutada en oro, en oro queda, sin que se aprecie un solo signo de progreso civilizador ni en las viviendas, ni en las personas, ni siquiera en las haciendas mismas.

Referiré un hecho concreto. La familia X, poseía en uno de los departamentos del Norte, un latifundio secular de cuarenta mil hectáreas. Esta inmensa propiedad estaba trabajada tan admirablemente, que a menudo, sus poseedores tenían que recurrir al préstamo de algunos centenares de pesos, para subvenir a sus escasísimas necesidades, hasta tanto no se vendiera la próxima "cosecha" de novillitos criollos!

Conceptuamos que no menos de cuatrocientas familias podrían vivir cómodamente en este latifundio, bien trabajado y explotado.

Y así hubiera sucedido quizá si una absurda ley de herencia no conspirara en el mantenimiento de un estado de cosas antisocial y realmente atentatorio al derecho de la comuna.

Dejemos al pasar, constancia de nuestra esperanza. No pasarán muchos años sin que la sociedad modifique esta organización de la propiedad en nuestro magnífico país, en el cual toda idea de adelanto halla rápida concreción.

Pero digamos en seguida otra verdad. Al lado de estos páramos y para honra del país, existe el gran predio moderno y progresista, verdadero foco de trabajo y bienestar común, que pudo hacer exclamar con justicia a Carlos Reyles—uno de los más vigorosos cerebros sudamericanos, a quien nos duele ver ahora dando palmaditas a cierta ideología caquéctica — que "valen más o han hecho más bien al país los carneros de Nazabal que los diputados de nuestros parlamentos".

Poblar mucho y poblar bien nuestra rica tierra; limitar la herencia o transmisión de la misma en provecho de las comunas departamentales.

Tal es uno de los aspectos—desde luego el étnico-económico—bajo el cual vemos nuestro problema nacional. Y bien, creemos que lo demás "nos será dado por añadidura", como dijo el Señor.

Si tuviéramos títulos ¡pobres de nosotros! para indicar una ideología a nuestra juventud—a la universitaria y a la que no lo es—frente a los futuros destinos de nuestro pueblo—que imaginamos altos y venturosos—no sería otra que la que fácilmente se deduce de lo ya leído: modificar rápidamente nuestro tipo étnico y trabajar intensamente nuestra riqueza natural, o para decirlo más esquemáticamente aún: norteeuropeizarnos. Y perdósenos la palabra en mérito de lo bien que expresa nuestro pensamiento.

Repito que estamos a tiempo y que este momento del siglo es muy propicio para las grandes reformas. La humanidad cambia de postura; esta civilización, de la que nuestros padres se mostraban orgullosos, está dejando en descubierto su desmedrado esqueleto moral; sólo una especie como la humana, tan rica en recursos de supervivencia, puede soportar sin extinguirse, tanta injusticia, tanta inmoralidad y tanta miseria. Quince millones de vidas y de vidas-flor ha costado la crisis de tanto mal. Muy miserables serían las nuevas generaciones y no escaparán a la maldición de la historia si dejaran que tan grande sacrificio fuera estéril. Pero no será!

¿Cómo habría de ser? Los tres grandes pueblos en que la organización social y la propiedad de la tierra agotaban la injusticia: Rusia, Alemania y Austria, se curan rápidamente de su mal. Todos los esfuerzos de los gobiernos occidentales, moldeados aún a la antigua—por poco tiempo no más—se estrellan contra el bien conquistado por aquellas naciones, que se hallan así a la cabeza de este siglo cardinal, el más grande en la historia de los hombres, ya que en él acontecen episodios que parecerían concebidos por un dios para espectáculo de dioses. ¿No habremos de mostrarnos razonadamente optimistas?

Si el siglo XVIII fué realista y el XIX burgués, el XX será democrático. El pueblo, que en el primero fué ignorado y en el segundo explotado, en el nuestro vivirá su legítima existencia; su completo advenimiento tendrá oscilaciones, avances, retrocesos, precipitaciones y estancamientos, pero es una fuerza cósmica puesta en marcha hacia su inevitable destino. Ignorarla es estupidez, detenerla es imposible, encauzarla es prudencia y sabiduría; pero que el cauce no sea muy estrecho si se quiere impedir la convulsión.

Evitar esta última con una organización, mejor diríamos legislación, previsor, de los bienes sociales, es tarea más fácil y política que curarla a balazos en las calles urbanas, donde el episodio se repetirá indefinidamente y cada vez con mayor gravedad.

¿Qué tarea más alta y noble para las nuevas generaciones universitarias? ¿No son ellas, por ventura, hijas de su siglo, de su tiempo, de la nueva ideología? ¿No son, acaso, franca, decididamente democráticas, cualquiera sea el bando político en que militen? Si así no fuera, la Universidad no habría cumplido su misión, pues nos daría generaciones teratológicas, verdaderas monstruosidades pertenecientes a edades pretéritas, lo que no puede ser, lo que no debe ser. O habría que demolerla como institución y proclamar el fracaso de su cultura.

Lo que para nosotros, universitarios, egresados de la casa del pueblo, sería una triste obligación.

PEDRO ESCUDER NÚÑEZ.

Montevideo, diciembre de 1919.

Del Doctor Emilio Frugoni

Estamos en una era convulsionada en que el espíritu de la juventud debe nutrirse de ideologías renovadoras y buscar en el espectáculo de las luchas sociales el tema de sus más persistentes meditaciones. A la juventud corresponde, en todas las épocas históricas de transición y grandes transformaciones como la presente, una función activa de elemento creador de la historia, porque las viejas generaciones, imbuídas de las ideas y prejuicios de los tiempos que se van, no son las más aptas para comprender los designios y advertencias de los tiempos que llegan.

Las jóvenes generaciones, con su agilidad gimnástica para el avance y la adaptabilidad de su mente a las concepciones adecuadas al momento histórico, son las llamadas a presidir e iluminar con la viva llama de su entusiasmo por el ideal, la ruda labor del siglo; y no deben ni pueden en estas horas de polingenesis, rehuir a esa alta y grave misión. Las pulsacio-

res de su corazón, ansioso de nueva vida, ha de imprimir su rumbo a la marcha del mundo.

En nuestro país, donde ya nadie se atreve a negar la existencia del problema social, la juventud tiene también, como en todas partes, esa obligación histórica. Que ella se esfuerce en dar un sentido moderno a la vida de la nación, arrojándose con espíritu emancipado a la obra de imponer los justos valores humanos por cuyo triunfo se riñen hoy tan ardientes batallas en el universo.

Hay entre nosotros miseria e ignorancia; hay una campaña inculta y despoblada donde un proletariado nómade arrastra una lamentable vida de paria explotado y sumiso; hay desigualdades económicas irritantes; hay quienes monopolizan el territorio nacional; quienes monopolizan la fortuna; y hay quienes no pueden soportar la carestía de la vida o viven como las bestias, y hasta peor que las bestias... Hay alcoholismo, hay tuberculosis, engendrados por la miseria; hay sífilis, engendrada por los hijos de la miseria: la ignorancia, la prostitución, la falta de higiene... ¡Hay prostitución!... Luchar por suprimir todo eso, atacando los males en su fuente originaria y en su causa primera, ¿qué mejor destino para una juventud estudiosa y valiente?

Preparar a las generaciones para esa obra, debería ser el fin de las universidades. Erigirse en centros de elaboración espiritual de donde surjan hombres animados de la aspiración de ser útiles a la colectividad sobreponiéndose a la mezquina y reocupación del provecho propio, la noble capacidad para el sacrificio por el bien ajeno. He ahí una función moral y social que puede aliarse perfectamente con la de dotar a los jóvenes, de buenas herramientas y aptitudes para la graduación intelectual y profesional. Los centros deberían poner a las generaciones en contacto profundo con la vida social, enseñándolas a encarar de frente los problemas históricos, económicos y vitales del momento y desplegando una acción práctica de constante e inmediata utilidad colectiva, de acuerdo con el concepto de que la cultura debe ser un bien, una riqueza de las sociedades y para las sociedades, de donde en definitiva emana, y no un privilegio de los individuos para uso exclusivo de quienes lo atesoran.

EMILIO FRUGONI.

El renacimiento idealista

(Continuación) (1)

Esta última se realiza siempre en función de la propia experiencia de cada uno, por métodos y procedimientos que son consubstanciales al proceso efectivo de la investigación real. Rigurosamente hablando, el método seguido es ese mismo proceso o, mejor dicho, es el momento especulativo o lógico inmanente a la realidad histórica o efectual del hecho investigativo, que es el acto en que se realizan a un mismo tiempo la norma, el método y su aplicación.

El prejuicio tradicional del valor instrumental del método filosófico, tiene su apoyo en el ya superado concepto platónico de la absoluta objetividad de la verdad, o sea de una realidad que se supone ya toda realizada, y a la cual el pensamiento iría gradualmente conformándose o adecuándose. Y ese concepto no puede ser admitido por una filosofía del acto, que es esencialmente histórica, y que deviene ella misma, coincidente, consubstanciada con la realidad en su perpetuo devenir.

Bajo el respecto indicado, la *Lógica Viva* de Vaz Ferreira, representa un progreso sobre la concepción instrumental de la lógica, y puede decirse que la intuición originaria o el

(1) En la primera parte de este artículo, publicado en el número anterior de la Revista, conviene salvar los siguientes errores:

Pag. 165, última línea: d'ce *oculta*; debe decir *acalla*.

» 165, 13.ª : » *dicistole*; » » *diástole*.

» 167, antepenúltima línea: dice *modificaciones*; debe decir *modificando*.

» 171, 5.ª línea: dice *agilada*; debe decir *agotada*.

» 174, 2.ª línea: » *buscar*; » » *hucicar*.

» 175, 26.ª línea: la palabra *les* está demás.

concepto directivo general que la ha presidido es un motivo de filosofía idealista que se podría denominar la inmanencia del método filosófico.

En cuanto a su ejecución particularizada en las soluciones de los singulares problemas que constituyen la materia de la obra, el procedimiento no ha correspondido, a nuestro juicio, ni está a la altura de aquella concepción fundamental, como trataremos de demostrarlo un poco más adelante.

Hablábamos más arriba de la divulgación de la filosofía, y estamos ahora en condiciones de completar nuestro pensamiento sobre ese particular.

La filosofía, en forma de tal filosofía, como pensamiento especulativo, no puede ser divulgada de otro modo que en el proceso de su misma realización. Comprenderla es realizarla del único modo que puede ser realizada: pensándola. Pensándola más o menos bien, pero tratando de pensarla lo mejor posible; del mismo modo que si se quiere divulgar la música de Beethoven, o las creaciones del arte griego, habrá que ejecutar las sinfonías del primero, o reproducir las obras escultóricas, por ejemplo, del segundo, con la mayor fidelidad y perfección posibles, sin pensar en estropear las unas y las otras con el intento de facilitar su difusión.

La analogía podría llevarse todavía más lejos, observando que así como la belleza no puede ser materialmente aferrada en el cuadro, la estatua o el libro, por más a mano que los tengamos, y exige ser reevocada por el propio e interior esfuerzo, casi siempre largo y difícil, que precede a la visión estética,—de igual modo, la visión filosófica a que aspira la mente en su inextinguible sed de verdad, tiene que ir precedida del doloroso esfuerzo de su gestación, y es vana e ilusoria la esperanza de poder excogitar un procedimiento de vulgarización que permita mostrarla o exponerla a la vista de todos, sin reclamarles otra molestia ni más esfuerzos que los de meros espectadores.

Pero en otro sentido, que no es el estricto, de la filosofía en su específica naturaleza, ella se divulga, o más bien dicho, está ya necesariamente divulgada, porque es el elemento esencial de la vida, porque es la misma luz que la ilumina, lo que hay de más hondamente humano, el principio mismo de toda hu-

mana prerrogativa; y es tan imposible prescindir de ella, o negarla, o despreciarla, o escarnecerla, sin afirmar implícitamente su hegemónico derecho en la vida, como lo sería al cuerpo saltar sobre su propia sombra.

La filosofía, implícita o explícitamente, está siempre presente en todas las manifestaciones de la vida humana, y lo está de modo necesario y universal, ya que nada puede revertir los caracteres de lo humano sin ser condicionado o producido por medio del pensamiento.

Lo que da su aparente inverosimilitud a esta tesis de la universal presencia del elemento filosófico en todos los actos y momentos de la vida humana, es en gran parte el prejuicio de origen escolástico que atribuye a la filosofía el carácter exclusivo de disciplina o enseñanza didáctica al lado de las demás, prejuicio en el que va encerrado un doble equívoco: el primero, que la filosofía tiene un objeto particular al mismo título que lo tienen las ciencias naturales y matemáticas; y el segundo, que la reflexión filosófica es un modo de actividad intelectual de carácter *sui generis* independiente y extraño a la común conciencia reflexiva del hombre. De donde la consecuencia que la filosofía, o mejor dicho, el filosofar es un campo de actividad vedado al común de los hombres, y al que sólo podemos ser introducidos mediante una iniciación que en un determinado momento de nuestra evolución mental pone a la vez a nuestro alcance un nuevo objeto de investigación y los procedimientos también nuevos de realizarla.

Ahora, no hay duda que la filosofía puede y debe ser enseñada como toda disciplina universitaria, con criterio didáctico, metódicamente; más aún, pensamos por nuestra cuenta que lo que hay que reformar en esta enseñanza, aquí como en otras partes, es precisamente en el sentido de intensificar el método filosófico, depurándolo de la mezcla de empirismo que es causa hoy de que se confundan y oscurezcan en la mente del estudiante los más vitales e interesantes problemas filosóficos.

Y si se me consiente aquí, incidentalmente, una referencia personal, he de decir a este propósito, que me he ido sintiendo cada vez mejor orientado en este género de estudios, a medida que he podido ir descorriendo las cortinas que en mis lecturas

juveniles habían tendido ante mis ojos aquel monumento de nominalismo empírico que se llama el *Sistema de Lógica* de Stuart Mill, aquella maciza documentación de hechos que es la *Psicología Fisiológica* de Wundt, y aquella clara y esquemática vista panorámica de la evolución, construída mecánicamente sobre la base de una realidad ya toda evolucionada, que es la *Psicología*, y en general, la filosofía de Spencer.

Pero en este caso de la enseñanza se trata de la filosofía en su sentido o grado eminente, de la que piensan o han pensado los filósofos de profesión, de esa filosofía que al hacerse así explícita, señorea y domina el espíritu, sea que lo eleve, en el momento platónico del pensamiento, a la contemplación del puro sol del Bien y la Belleza, o que lo envuelva y arrastre el torbellino del devenir, de Heráclito; sea que se anegue y se pierda en el seno infinito de Dios, como en el misticismo, o que entre sus engranajes lo aplaste y triture el mecanismo universal de los materialistas; en fin, sea cual fuere la concepción metafísica que de esa manera le domine.

Esa es la filosofía en su sentido estricto, la que ha definido o tiene expresamente en vista ir definiendo su propia posición; la que de simple prerrogativa humana,—pero ya intrínsecamente filosofía,—ha pasado a ser, por la interna necesidad de su propio desenvolvimiento, la conciencia refleja de esa misma prerrogativa, “la más alta flor de la vida del espíritu”.

.

II

Si se habla hoy de un renacimiento idealista en el orden de las actividades intelectuales; si se habla de ello con tanta insistencia que el hecho constituye casi un lugar común en la literatura del día, es porque el pensamiento contemporáneo pasa actualmente por uno de esos momentos en que se aviva extraordinariamente la conciencia del descontento de una situación espiritual mantenida sobre la base de soluciones filosóficas que se revelan ya insuficientes para dar satisfacción a las nuevas exigencias que va creando la vida en su incesante

renovación, y busca entre las experiencias que ha tesaurizado en su curso histórico, aquellas posiciones o tendencias filosóficas que, como el idealismo, han mostrado siempre una superior capacidad para potenciar los valores positivos de la existencia humana en sus más críticos momentos.

El prevalecer de una u otra tendencia filosófica en cada período de la historia no es un hecho extraño e independiente de las condiciones de la vida en los demás órdenes de la actividad humana.

Sin admitir, y antes bien, negándolo abiertamente, que las corrientes del pensamiento puedan ser causal o determinísticamente producidas por los diversos intereses que se agitan en el ambiente de cada época o momento histórico, es indudable que cuando una tendencia llega a preponderar sobre las demás, es porque interpreta mejor y satisface con mayor amplitud, o con más honda eficacia, el significado de los problemas que suscitan las condiciones de la vida en ese particular momento histórico; por lo que muy bien decía Hegel, que cada filosofía es filosofía de su tiempo, que es la conciencia y la esencia espiritual del tiempo, que es el espíritu de la época en cuanto se piensa a sí mismo.

Las distintas situaciones suscitan y condicionan las sucesivas soluciones filosóficas; pero éstas a su vez, traduciéndose luego en valores prácticos, individuales y sociales, crean nuevas situaciones, que motivan y sugieren problemas filosóficos antes insospechados; viniendo a ser así la realidad histórica una como a manera de ósmosis que se opera entre la teoría y la práctica, entre la vida activa y el pensamiento que la promueve y la ilumina.

¿Quién podría desconocer, por ejemplo, los nuevos aspectos y hasta la originalidad misma de los nuevos problemas que ha planteado la formidable convulsión en que se han agitado los pueblos en los últimos cinco años? ¿Quién no siente y no ve, más o menos vaga y oscuramente, las nuevas exigencias de reelaboración crítica o filosófica que imponen "las múltiples y ansiosas interrogaciones que ha suscitado de todas partes y en todo sentido esa gran guerra europea, a propósito del Estado, la historia, el derecho, el oficio o la misión de los distintos pueblos, la civilización, la cultura, la barbarie, la cien-

cia, el arte, la religiosidad, el fin y el ideal de la vida, etcétera?" (1)

Y si esa gigantesca guerra, considerada bajo el aspecto de la lucha cruenta en que se han debatido los pueblos más civilizados de la tierra; separándola, abstrayéndola del torrente histórico secular, del que es apenas un torbellino; es decir, aplicándole las categorías de juicio propio de las acciones singulares e individuales, ofrece el espectáculo de una ferocidad que diríase propia solamente de las épocas de barbarie,—mirada de un punto de vista que interprete su más honda significación, dentro del curso general de la vida histórica; es decir, aplicándole las categorías del juicio histórico o de realidad, en el que no se trata de aprobación o desaprobación, sino del entendimiento de los hechos, o sea de comprender los acontecimientos, de explicarlos, de mostrar históricamente su necesidad;—desde el punto de vista de la gran pacificadora los ecos de la censura y del sarcasmo, de la imprecación y la de los espíritus, que es la Historia, en cuyo seno se apagan blasfemia,—mirada de ese punto de vista, la tempestad que hoy se aleja y oscurece todavía el horizonte, cuando llegue la hora, se mostrará quizá como la manifestación colectiva más grandiosa y elocuente que se haya dado jamás de las energías y los valores que constituyen las prerrogativas del espíritu humano.

Por ahora, solo es dado representarse confusamente la enorme riqueza de motivos intelectuales y aspiraciones éticas ó ideales que han entrado en juego en ese grandioso drama de la humanidad: tradición, conceptos políticos, instituciones económicas, creencias religiosas, organizaciones obreras e industriales, cultura artística, literaria, científica y filosófica: aspiraciones éticas e ideales acumulados, transformados, incrementados al través del curso histórico, e incorporados a organismos de vida palpitantes de intereses encontrados y a veces internamente incompatibles: todo eso, que es la obra multiforme del pensamiento en su doble aspecto de filosofía específica o estricta en los pensadores, y de conciencia refleja

(1) CROCE.—*Teoria e Storia della Storiografia*, pag. 147

más o menos vaga e indefinida en las multitudes, pero que es sustancialmente conciencia filosófica también, ya que se traduce en la conciencia de determinados sentidos e interpretaciones del valor de la vida.

Todo eso es inseparable de la faz militar de la guerra y sus más afines aspectos, que son casi los únicos elementos que suelen tenerse presentes cuando juzgamos y nos representamos el gran acontecimiento.

Pero hay que mirar al alma de los hombres de la época, al pensamiento que ha venido alimentándola, y a las incontenibles aspiraciones de todo orden que preparan el porvenir, para comprenderla, y comprender que todo eso, más aún que la magnitud de la catástrofe material, que salta a la vista, es lo que constituye la verdadera significación del acontecimiento, y su diferencia y su superioridad sobre los que le han precedido.

El auge que alcanzaron las escuelas filosóficas naturalistas durante la última mitad del siglo pasado, tiene su justificación, entre otras circunstancias, porque prometieron con alguna verosimilitud de éxito, apagar una sed espipritual de su época.

Un general sentimiento de decepción había invadido las inteligencias, tras el esfuerzo gastado en la estéril ejercitación del manejo de fórmulas rígidas y conceptos hechos de una vez para siempre, por los mediocres intérpretes que creyendo recoger y transmitir la herencia mental de Kant y sus grandes epígonos Fichte, Schelling y Hegel, no hicieron en realidad otra cosa que apoderarse del mecanismo externo de la profunda dialéctica del último, y extremar en su empleo inconsiderado, sin discernimiento ni crítica, los residuos de error que el mismo Hegel dejó subsistentes en su doctrina.

La esterilidad y la pedantería de las izquierdas y derechas hegelianas, el sentimiento de vacío intelectual que provocaron en las mentes sedientas de verdad, avivaron el ansia de recuperar el contacto perdido con la viva realidad de las cosas.

Nunca más propicia parecía haberse presentado a los hombres, la oportunidad de conseguirlo: la observación, el cálculo

y la experiencia abrían por aquel entonces a las ciencias naturales los vastos horizontes del mundo externo, al par que los meandros oscuros y misteriosos del mecanismo psíquico.

Todo invitaba a volver a la consideración inmediata de los hechos. No eran solamente los grandes descubrimientos astronómicos, que, por una parte, ofrecían a la mirada atónita del hombre, hasta donde podía penetrar con el telescopio las profundidades insondables del espacio, los mundos sucediéndose a los mundos, las nebulosas a las nebulosas; y, por otra, revelaban a su inteligencia el arcano de la ley newtoniana que rige los movimientos de las ingentes moles del mundo sideral; —era también la maravilla del análisis espectral, al recoger y tamizar el tenue rayo de luz partido de la lejana estrella quién sabe cuántos siglos atrás, para descubrir en sus ocultas radiaciones el secreto del estado físico y la composición química del astro; —eran también, en el dominio de lo “infinitamente pequeño”, las revelaciones del microscopio: los microorganismos, la vida monocelular, la histología y las funciones del sistema nervioso; todo el inconfinado campo de la biología, la geología, la prehistoria; no acabaríamos si hubiésemos de enumerar la abundantísima variedad de los nuevos objetos de la investigación científica de la época.

Nunca, en tan breve período, se había dado una más rica cosecha de resultados positivos en la labor científica; resultados cuya gran importancia práctica se fué extendiendo día a día con infinitas aplicaciones en la vida civilizada, hasta el punto de representar por sí solos, a los ojos de la imaginación deslumbrada de los hombres, el tipo mismo de la más alta civilización, relegando a plano secundario, en la opinión de las multitudes, gran parte de las manifestaciones de la cultura en el orden moral, artístico, religioso y filosófico.

Los que algo hemos alcanzado de esa época, recordamos todavía la emoción extraña, mezcla de feérica admiración y respeto casi religioso que experimentábamos ante el espectáculo de aquellas deslumbrantes escenas coreográficas del *Excelsior*, obra teatral entonces en boga, en la que se representaban las figuras vivas y los simbólicos atributos de los asombrosos inventos científicos del siglo, y sus grandiosas aplicaciones.

Al lado de esas magníficas y tangibles conquistas de la ac-

tividad humana, que herían con tanta viveza la imaginación, todo el resto empalidecía; un sentimiento de piadosa compasión por la insignificancia o la vanidad de los resultados en la labor secular de las precedentes generaciones, se apoderaba irresistiblemente del ánimo. Nuestros antepasados, pese a su esfuerzo tenaz y persistente en prosecución de la verdad, habían equivocado el camino, se apacentaban de ilusiones, y los más hábiles encubrían hipócritamente la vacuidad de su espíritu investigativo en las fórmulas intrincadas de nebulosas concepciones filosóficas. Al fin el hombre comenzaba a ver en vías de realización su eterno afán de penetrar los secretos de la naturaleza y someterla al propio tiempo a su dominio por los medios y el camino que había ya señalado Bacon: obedecerla, someterse a sus leyes, precisamente para dominarla.

Estimulados por el éxito de los métodos de las ciencias naturales, consagrado en los asombrosos progresos materiales que se realizaban, los representantes del naturalismo filosófico se lanzaron ardorosos, armados de la generalización y la inducción, a la empresa de reconstruir el mundo por los mismos procedimientos y sobre los mismos presupuestos.

Si el decadente idealismo de la época había fracasado en su igual intento, porque el simbolismo conceptual de su filosofía de la naturaleza se reveló al fin como un puro malabarismo de los hechos, que en lugar de ser resueltos en el vivo proceso dialéctico de lo real, eran tratados ellos mismos como momentos ideales de ese proceso, y de un hecho se hacía la tesis, de otro la antítesis y de otro la síntesis; por su parte, la nueva filosofía de la naturaleza, llamárase materialismo, empirismo, positivismo, etc., no hizo tampoco otra cosa que manipular los hechos, clasificarlos, esquematizarlos, en suma, circuirlos; pero sin penetrarlos en su más profunda verdad, sin escrutar su esencial naturaleza, sin sospechar siquiera que la verdadera explicación, la íntima exigencia que se ocultaba en esa, como en toda otra filosofía, habría sido en todo caso la de explicar, no los hechos por los hechos, sino, más bien, el hecho de los hechos. Lo demás, es decir, la coordinación, la subsunción, la subordinación, la generalización de los hechos, la ciencia se bastaba por sí sola para realizarlo, y la oficiosa intervención que en ello se tomaba la filosofía no era fructí-

fera ni para ella ni para la ciencia, cuyas recíprocas relaciones son precisamente excluyentes de la homogeneidad de métodos y procedimientos entre ambas. La ciencia mira a lo general; no hay ciencia de lo particular. Sólo la filosofía y la historia, o más bien, la filosofía como historia o la historia como filosofía, miran a la realidad concreta, miran a lo individual en cuanto vehículo o determinación de lo universal, que no es nunca lo general. Además de que, de lo general, por muy general que sea, no hay tránsito posible a lo universal.

Y como resultado definitivo, en cuanto a su intento de explicación e interpretación de lo real, ¿qué pudo al fin ofrecernos el naturalismo?—Un mundo sólido y opaco, sin eco ni respuesta para la íntima palpitación de vida espiritual que todos sentimos, sin embargo, tan cerca de nosotros.

Un pequeño detalle de la realidad era así olvidado, o des-cuidado o menospreciado: se olvidaba al hombre mismo, a la inteligencia que aspira sin reposo a escrutar esa realidad; se olvidaba nada menos que la actividad creadora y realizadora de aquellas mismas proezas de la ciencia, de las que, a justo título se enorgullecía el naturalista.

Una filosofía que excluye de su ámbito cualquiera de las manifestaciones en que se ha concretado la vida humana en el transcurso de la historia, o que pretende explicar sumariamente, expeditivamente, como simple espejismo, como supersticiones, gruesos errores, generosas ilusiones o hipocresías; egoísmos o confabulaciones de castas, los grandes movimientos de la historia; una filosofía que, como el materialismo, el positivismo y todos los naturalismos, pretenden explicar por el mero juego mecánico de las causas y sus efectos, negando los valores del espíritu, cosas tan profundamente radicadas en la vida como, por ejemplo, las creencias religiosas, los heroísmos de la fe y del patriotismo; y que ayer no más, en plena guerra, en medio al fervor mismo de la acción, exclamaba por boca de Le Dantec: “el heroísmo es un resultado momentáneo que no deja trazas duraderas en la mentalidad de los hombres”; una filosofía que en todo eso no ve más que hechos mecánicos de redistribución de materia, y en la conciencia que los preside, un mero epifenómeno, indiferente al proceso de la realidad, no solamente repugna al buen sen-

tido, que se resiste invenciblemente a negar la substancial realidad de aquello precisamente que toca más en lo vivo de la humana espiritual entraña; sino que, así como es impotente para explicar de modo racional el generarse de los más torturantes problemas del espíritu, se descalifica a sí misma en su incapacidad para explicar los diversos sistemas filosóficos que se han sucedido: el hecho de la *perennis philosophia*, que considera como una simple exerecencia, sin eficacia alguna en la evolución de la vida.

Y se descalifica por la inconsciencia o el desconocimiento de una exigencia que es intrínseca a toda filosofía que merezca ese nombre, y es la exigencia que pone y resuelve a la vez el problema de dar razón de sí misma.

No se quiere con esto afirmar que los filósofos materialistas y positivistas hayan carecido de esa conciencia: por el contrario, sería imposible concebir sus intentos de explicación mecánica y determinista de la realidad sin el aguijón de la conciencia filosófica, que los estimula y los sostiene en su esfuerzo.

En estas consideraciones nos referimos a las doctrinas filosóficas como sistemas de ideas, y no a la individualidad de sus autores. Decimos, pues, que las escuelas filosóficas de tendencia matemática o naturalista, dados sus presupuestos y métodos de investigación, y tomada cuenta de su interna coherencia lógica, a la que no puede renunciar ninguna doctrina filosófica sin destruirse a sí misma, no pueden justificar con sus principios ni la tenue, casi imperceptible vena de pensamiento especulativo que circula al través de la espesa ganga de sus errores.

¿Quién, pues, mantuvo y cumplió y sigue cumpliendo su promesa con la seriedad propia de toda actividad autónoma que, como tal, realiza su fin intrínseco, sin pretender invadir la esfera de otras actividades igualmente autónomas, bien que unas y otras constituyan, precisamente en su distinción y recíproca condicionalidad, la unidad indivisible del espíritu?

La mantuvo y la cumplió la ciencia: no el naturalismo filosófico; la ciencia natural y la matemática, en tanto que se concretaron al empleo riguroso de sus métodos, trabajando sobre sus legítimos y respectivos presupuestos, en la incesante

e infatigable labor de construir y reconstruir, la primera, sus conceptos representativos empíricos, y la segunda, sus entes o conceptos de abstracta universalidad.

La pretendida bancarrota de la ciencia es un fantasma que tiene absolutamente sin cuidado al físico, al astrónomo, al biólogo, al matemático; quienes en cuanto hombres de ciencia, prosiguen imperturbables su labor, sin dolerse, y antes bien, regocijándose cuando nuevas experiencias o inesperadas soluciones les obligan a desechar los viejos cuadros de sus esquemas o generalizaciones o construcciones físicas y matemáticas, para sustituirlas por otros más coherentes a más comprensivos. Ciertamente, el amor propio de un hombre que ve desmentido por los hechos mejor observados o mejor interpretados sus hipótesis o teorías científicas, puede sentirse lastimado; puede, no hay duda, resistirse o negarse, por pereza o comodidad, al esfuerzo de tener que reordenar y sistematizar de nuevo sus adquisiciones científicas; pero en esa misma actitud está el reconocimiento implícito de la nueva exigencia y de los progresos realizados por la ciencia, que jamás se detiene ni se detendrá en su marcha.

En este trabajo en cierto modo penelopéo, si la ciencia teje y desteje continuamente su tela, lo hace para enriquecer y complicar la trama con los nuevos hilos que le suministra la actividad creadora del pensamiento, en la síntesis de la real y verdadera experiencia, esto es, en el acto concreto, en que el objeto mismo de la experiencia participa de la vida del sujeto, y vibra con él consubstanciado.

Pero en aquella labor una cosa muere, no obstante, como murió, por ejemplo, la teoría del flogisto, el horror de la naturaleza al vacío, la incorruptibilidad de los cielos, los epiciclos de Ptolomeo, los horóscopos y las influencias de las conjunciones lunares y planetarias de la astrología, y la tetría de los fluidos animales; y mueren o morirán el exágono de Kakuié, y toda la arquitectura atómica de la estereoquímica, y la cinética de los gases, y los iones y los electrones, y la energética y la entropía limitada o ilimitada: todas cosas que han muerto o mueren o morirán una vez agotada su capacidad para prestar a la ciencia los útiles servicios de que ha menester en su infatigable, fecunda y progresiva actividad. Todo muere

al igual que murió Cartago, y murió Roma; y morirá Germania y morirá Lutecia; todo muere, diría Croce, pero no el espíritu que engendra las cosas que mueren y está siempre pronto y a la obra para crear las nuevas cosas que vendrán.

Las ciencias exactas, como las ciencias físicas y naturales, toman su materia prima, el elemento substancial con que elaboran luego sus abstractas generalizaciones, del conocimiento concreto, histórico o individual, que es esencialmente filosófico, aunque no lo sea en el sentido estricto, y lo elaboran, digo, con método y criterios distintos a los de la filosofía. Esas ciencias no tienen valor teórico, o más bien dicho, no tienen función teórica, sino práctica. La teoría las precede y las condiciona, puesto que sus leyes, sus tipos, sus clases, y, en general, sus esquemas son construcciones prácticas, obtenidas en la elaboración que hacemos, por procedimientos arbitrarios (en el sentido de voluntarios) de los conocimientos efectivos atesorados en la experiencia verdadera; la que tiene su expresión cumplida más acá de las generalizaciones y clasificaciones, en el juicio perceptivo o juicio individual e histórico; en el cual se afirma siempre lo universal en la particularidad del hecho individual.

Sin que sea necesario adherir a las concepciones generales filosóficas de Mach y Avenarius, hay que reconocer que sus conclusiones en lo relativo a la índole práctica de la actividad científica, están perfectamente orientadas. Y si el idealismo contemporáneo ha puesto totalmente fuera de discusión un punto bien concreto de la gnoseología, es precisamente el que se refiere a la diferencia fundamental entre el procedimiento generalizador y, por lo mismo, abstraccionista de las ciencias naturales, y el procedimiento individual y concreto de las ciencias históricas y de la filosofía.

Es extraño que después de las magníficas dilucidaciones que de esa cuestión se han hecho de algunos años a esta parte, especialmente en Italia, por Gentile y Croce, la enseñanza universitaria se mantenga cerrada a la luz clarísima que ha resultado de esos trabajos, y se siga, por el contrario, enseñando que la filosofía puede ser entendida como una sistematización de los resultados generales de la ciencia.

El abstracto empirismo de las ciencias naturales, y el abs-

tracto intelectualismo de la matemática no preceden, sino que, por el contrario, están precedidos y condicionados por la experiencia real o síntesis *a priori* del juicio individual e histórico, en el cual se elaboran los verdaderos conceptos, los conceptos efectivos, que son, para decirlo con las palabras del mismo Gentile, "la unidad insuperable de la experiencia y del *a priori*"; porque es ilusoria una experiencia sin el *a priori*, como se la imaginan los cientistas; y es igualmente ilusorio un *a priori* sin la experiencia, como se lo figura el filosofismo o pseudo idealismo.

La filosofía no puede esperar de las ciencias un concurso directo, en el sentido de que los resultados de las últimas puedan influir lógicamente en los progresos del pensamiento filosófico. La relación lógica no es, no puede ser nunca de las ciencias naturales a la filosofía, sino inversamente de la última a las primeras: tal el grado de desenvolvimiento de los conceptos filosóficos, tales las ciencias naturales o descriptivas; es decir, tales los esquemas de la ciencia positiva. El concepto filosófico es el presupuesto necesario de las ciencias: las generalizaciones científicas implican los universales filosóficos.

La pretensión de Taine de querer construir una filosofía del arte y otra de la moral con método naturalista, partiendo de una larga y minuciosa investigación que suministre la masa de los hechos, como materiales brutos o sin elaboración, para edificar sobre ellos aquella filosofía, es una empresa contradictoria.

En efecto, es imprescindible discernir entre los hechos, para elegir entre ellos ("des tous petits faits bien choisis") y proceder luego a su ordenamiento y clasificación; todo lo cual presupone ya las ideas madres o directrices, es decir, las categorías constitutivas del juicio histórico o los conceptos directivos e interpretativos, que son precisamente los principios que se aspiraba a extraer *a posteriori* de una pretendida masa informe de hechos, que en realidad es ya un todo formado, una multiplicidad domada por la idea, puesto que constituye un catálogo de ejemplos o ilustraciones de los conceptos universales, que de modo más o menos velado, estaban ya presentes al espíritu del investigador y eran sus mismos principios directivos.

Lo que hay es que por insuficiencia de crítica filosófica, los Spencer, los Haeckel, los Ostwalt, los Le Dantec, etc., están con la obsesión de los pretendidos hechos brutos, y no quieren o no pueden ver que un hecho cualquiera, el más sencillo de todos, el más primitivo en la serie cronológica y evolutiva, es ya una construcción en que es inmanente el pensamiento, en que vibran y palpitan los valores categóricos del espíritu.

Pero si las ciencias no pueden conducir lógicamente a la filosofía, no se sigue de ahí que el pensamiento filosófico nada tenga que aprovechar, por vía indirecta, y de modo puramente subsidiario, de los resultados de la ciencia; del mismo modo, por ejemplo, que la matemática pura, que nada puede lógicamente derivar de las ciencias empíricas, recibe, sin embargo, de estas últimas un impulso indirecto que le es altamente provechoso; y no sería difícil enumerar algunos fuertes estímulos que la alta matemática ha recibido de los progresos de la ciencia experimental.

En ese último sentido, todo influye en todo, y es muy natural que la información o la cultura científica del pensador debe ser también uno de los tantos elementos integrantes de la situación individual e histórica que condiciona su especulación filosófica; sin ser por eso intrínseca y constitutivamente un momento del proceso lógico en que consiste la especulación misma.

.
.

El problema del naturalismo, su amor a los hechos, su insistente referimiento a lo que cae directamente bajo la acción de los sentidos, a la realidad visible y tangible; a las verdades que Le Dantec llama comunicables y verificables, y que Ingenieros bautiza con el nombre de *lo experiencial*; la posición filosófica, en suma, de la pura objetividad, tiene, pues, su motivación histórica en las preocupaciones absorbentes de la época, encarnadas en la investigación de la ciencia experimental; pero todo eso no es, por decirlo así, más que el aspecto externo de su justificación como posición filosófica de tránsito en los progresos del pensamiento. El verdadero motivo, la

viva exigencia interna promotora del movimiento positivista, era en realidad la vaga intuición, el eterno momento aristotélico del pensamiento, que aspira sin reposo a superar toda posición dualista, todo trascendentalismo de valores que laceran y divide la unidad de lo real por una cisura insanable, poniendo a nuestro alcance un mundo de hechos reales pero brutales, y a nuestra vista, pero inabordables o inasequibles para siempre jamás, un mundo de valores superiores, bellos, ideales, pero al fin irreales.

Y en la desesperación de su impotencia para salvar el abismo, declara ilusorio todo lo que da valor y significación a la vida; y sin dar satisfacción a su legítima exigencia de unidad, no pudiendo resolver el dualismo, se atiene simplemente al hecho y niega el valor.

III

¿Por qué consideramos superior a cualquier otra la posición filosófica del idealismo? o en general, ¿en qué consiste la superioridad de un punto de vista filosófico sobre otros?

Puede responderse a esa cuestión de muchas maneras, naturalmente, todas conexas; pero aquí nos interesa encararla bajo un solo aspecto.

La superioridad filosófica de una escuela o doctrina se puede medir por su aptitud para demostrar la verdad o los motivos de verdad que hay necesariamente en todas las demás; para justificar, lo mismo las que tienen con ella mayor afinidad o más inmediato contacto, que las que se dicen contrarias, adversas o derechamente falsas.

Y el idealismo es la única posición filosófica que permite abarcar la multiplicidad de las escuelas, y, en general, la variedad, diversidad y oposición de las opiniones filosóficas, integrándolas en una serie de desenvolvimiento o proceso dialéctico, de modo que cada idea o grupo de ideas viene a representar un momento dinámico necesario en el movimiento dialéctico del pensamiento. Para el idealismo ninguna filosofía ha muerto definitivamente o de modo absoluto: todas ellas, las más opuestas y contradictorias se concilian o se integran

en el idealismo bien entendido, aunque no, seguramente, como elementos yuxtapuestos de una multiplicidad.

Y aquí conviene distinguirlo de una posición filosófica que suele adoptarse con el propósito de evitar los unilateralismos teóricos y las consiguientes roturas, contrastes e incoordinaciones en el seno de la vida (que, en su realidad concreta es y aspira constantemente a ser unidad indivisible de pensamiento y acción), y que consiste en tratar de compensar unas abstracciones con otras, multiplicando indefinidamente las tesis unilaterales o soluciones parciales que, por su oposición o divergencia, originan la controversia, como si de su suma o aproximación pudiera resultar la doctrina justa, el conocimiento adecuado, la visión de la verdadera realidad de las cosas.

Es esa la manera de proceder de los eclécticos, y es también, por ejemplo, la doctrina virtualmente sostenida por Vaz Ferreira en algunos capítulos de su "Lógica Viva".

Esa tendencia ecléctica parte de una observación exacta, y aspira a satisfacer una legítima exigencia filosófica: y es que si cada una de las doctrinas unilaterales y opuestas encierra un motivo de verdad, y si el error procede de adoptar una de ellas con exclusión de la otra, hay que buscar la solución superior que debe conciliar e integrar las soluciones parciales.

Vaz Ferreira ha sentido con intensidad extraordinaria la necesidad filosófica de conciliar de algún modo las proposiciones opuestas; su vivo sentido de la realidad no le deja caer en ninguna de las posiciones recíprocamente excluyentes de las doctrinas unilaterales (esto, cuando de modo expreso las hace objeto de su consideración; porque, mirando a su tendencia general filosófica, en su más profunda inspiración, se constata, por el contrario, que oscila siempre entre dos unilateralismos: la objetividad abstracta del naturalismo, y la subjetividad, también abstracta, del psicologismo; dos cosas que después de todo, se reducen a una sola: la primera de las dos); pero no encuentra otra solución que negar la oposición, sin resolverla; es decir, sin conciliar sus términos en una verdad superior que sea propiamente su integración.

Su método es más bien de carácter ecléctico, en cierto modo atomístico y estático, o de yuxtaposición; propende a las so-

luciones intermedias, ya sea haciendo valer alternativamente las distintas soluciones parciales, ya sea compensando unas con otras las exageraciones opuestas.

Evidentemente podemos evitar de ese modo caer en los errores extremos que resultan a veces de llevar hasta sus últimas consecuencias un principio falso e insuficiente; pero la ventaja que ello puede proporcionar momentáneamente, en un terreno exclusivamente práctico no se obtiene sino a costo de los progresos del análisis lógico: el cual, o conduce a la verdad, o del choque con el absurdo recibe precisamente los más poderosos estímulos para corregirse o perfeccionarse.

Y la pizca de razón que puede haber en quienes quisieran menos fluctuantes y más concluyentes las opiniones del doctor Vaz Ferreira, podría tener, a mi juicio, su explicación en un hecho que, si perjudica en ciertos casos el vigor lógico de su argumentación, enaltece, en cambio, la personalidad moral del pensador; y es que en todas sus producciones se revela siempre vigilante una fuerte conciencia ética, cuyas exigencias le llevan a veces a traducir los que (en su lugar) tendrían que ser puros valores lógicos, en valores de orden moral o práctico.

De ahí que en su *Lógica Viva* sean tan frecuentes las expresiones: *esto es bueno, o es conveniente, o es mejor*; o hay que *adoptar ésta o la otra actitud mental*; expresiones que no son propiamente juicios lógicos, sino juicios de valor; que son, quiero decir, expresiones o representaciones de sentimientos, ideales, anhelos, aspiraciones; en suma, actos volitivos, cuya importancia o necesidad o imprescindibilidad en la vida no seré yo seguramente quien quiera negar: mis observaciones van encaminadas solamente (y esto por tratarse de un libro de lógica) a combatir la tendencia pragmática implícita en ese procedimiento, de acuerdo precisamente con ideas y opiniones sustentadas en otra parte por el mismo doctor Vaz Ferreira.

El idealismo al hacer la crítica de las doctrinas unilaterales y opuestas, si las niega, no las anula, porque su crítica es una reelaboración que les infunde una vida radicalmente nueva,

que como toda vida, es continuación, progreso, superamiento, movimiento dialéctico, en que lo nuevo no anula jamás a lo viejo, sino que lo integra en una nueva situación espiritual, tanto más alta, cuanto más comprensiva, que es como decir, cuanto mayor aptitud revele el pensador que la ha alcanzado, para dominar y resolver en la unidad sistemática de su especulación filosófica la variedad, la multiplicidad y la contradicción misma de todos los problemas que se han agitado en la mente humana en todos los tiempos.

Todo eso no es sino una consecuencia del concepto idealista de la verdad, considerada no como algo que existe por sí mismo y que solamente hace falta descubrir, sino como algo que está en vía de perpetua formación, de integración, acto creativo que se supera constantemente a sí mismo, en el que nada se anula, pero todo cambia y se transfigura; siendo, en consecuencia, la marcha del pensamiento, nunca del error a la verdad, y siempre de una verdad a otra superior; superior precisamente porque pone a la precedente en su verdadera luz, la coloca en su lugar propio, le confiere su significación: de verdad parcial, unilateral o de tránsito, la *invera*, como suena el vocablo italiano, es decir, la hace más verdadera que cuando se daba por verdad total o definitiva.

Por eso el idealismo es la filosofía esencialmente histórica; la que disputa y combate más ardorosamente con todas las demás escuelas, porque ninguna le es indiferente y a todas se siente ligada; porque si bien se siente y se comprende ser ella misma la cresta más alta de la ola del pensamiento humano, sabe que se apoya sobre esa misma ola; sabe que su visión filosófica no es algo accidental que en un momento dado haya caído del cielo, sino el resultado y el fruto maduro de la labor histórica; producto de contrastes, de conflictos, de luchas en que han tenido su parte legítima, lo mismo los entusiasmos de la fe dogmática, que los sarcasmos de la duda y las amargas sonrisas del escepticismo; en que ha correspondido su parte legítima a todas las tendencias y todas las actitudes: hechos y conflictos que han sido substancialmente colaboración de las mentes humanas en la superior comunión espiritual de la vida especulativa.

Es la filosofía esencialmente histórica porque es la única

que resuelve lo pasado en lo presente, lo viejo en lo nuevo, transformando, transfigurándolo todo; haciendo de ese pasado, que por sí mismo, fuera de la actualidad de la vida presente no es nada, haciendo de ese pasado, digo, el contenido, la determinación, la concreción del acto presente.

FERNANDO BELTRAMO.

El Sauce

El sauce es el afiche de la Melancolía;
Sella sus actitudes un luto espiritual,
Vive ensayando un gesto cansado de apatía
Y verano o invierno le resultan igual.

El sauce me parece el bohemio de la flora;
Con su melena rítmica él barre su solar;
A medio día sueña, a media noche llora
Y lo demás del tiempo lo emplea en meditar.

El viento lo despeina en desiguales blondas.
La laguna es el paño de sus lágrimas hondas.
En su historia hay dos hechos de amor y de emoción.

Que son dos sensaciones en su vida sin ruido:
Un pájaro, que hizo entre sus ramas nido
Y un hombre, que en el tronco le grabó un corazón!

FERNÁN SILVA VALDÉS.

De Juan Parra del Riego

«La Cisterna» de Julio Raúl Mendilaharsu

Desde mi solitaria torre de íntimo astrónomo, hoy quiero daros esta gran noticia: con «La Cisterna», de Julio Raúl Mendilaharsu ha aparecido una nueva constelación. Audaz y misteriosa, la vi ascender palpitando por el lado del ojo escarlata de Marte y el prado de margaritas de Andrómaca. Más allá, se movía la rueda zodiacal de los grandes planetas: Urano-Víctor Hugo, Júpiter-Verhaeren, el anillo de Saturno-Walt Withman, la Vía Láctea-Verlaine. La vi más... más... más... y no le hallé los fríos calcios de las otras en su química composición. Sólo esta rara esencia lírica destiló en mi noche interior: amor y rebeliones.

Y nada más que esto es, en verdad, y como él mismo lo dice, todo el libro de Julio Raúl Mendilaharsu: «amor y rebeliones».

Un desbordado amor de monje panteísta por todas las cosas altas y bellas del espíritu; y un húmedo y colérico girón de rebeldías que se levanta como el nervioso puño de una ola, en dondequiera que Sancho exprima sus densas máximas o Pentagruel agrupe su rebaño sumiso. Y por eso es fuerte su libro. No va como cascabelera y monótona diligencia de antaño. Corre como las locomotoras, ebrio de épicos metales, fiebre interior, chispas, campanas y humo sobre el terco anhelo fraternal de sus dos rieles. Aborda, por el lado del amor, todo lo que nos hace vivir como en una vaga irrealidad de cuento la vida: estrella, pájaro, flor, perfume, mujer, piedra preciosa. Y aborda, por el lado de las rebeldías, todo lo que brusca-

mente nos cambia en los absurdos personajes de serrín y de trapo de una atroz comedia de peleles y fantoches: fatalidad del destino, ironía de las cosas, combate de lobos de los hombres, triunfo de la mediocridad y la mentira, ufanía mefistofélica del mal; y, detrás de todo esto, rumbo al más espantoso aquellarre de la locura, el vicio, la enfermedad y la muerte, la bruja Miseria cabalgando en su escoba colorada.

Mendilaharsu todo lo aborda con el corazón erguido como una lanza del Romancero. Sólo esta palabra podría ser su definición psicológica: fervor. Y sólo esta otra la flor de acanto de su columna pensadora: inquietud. Nada de geométricos parques ingleses en su vida sentimental. Rompe todos los límites el salvaje bosque americano de su espíritu. Es una henchida fuerza, ebria con la dionisiaca locura de sentirse potentemente vivir. Para él la vida no es la marcha armoniosa de las ideas. Es el paso febril, vertiginoso y danzante de los sentimientos. Ser no es pensar: es amar u odiar. Cree, con los neohegelianos, que la filosofía es "conocimiento" y el arte "creación". Por eso su extraordinaria fe en él. Le atribuye todas las potencias generadoras y sustanciales. Más que de la Inteligencia, para él arranca todo de la Sensibilidad. Y esa es su moral: sentir. Y por eso es poeta. No ve nada a través de las polvorientas gafas del doctor Fausto. El sólo presente, palpa, adivina, sugiere, intuye. Temperamento dramático, nervioso y altivo, salta como un cadete de la Gascuña cuando le tocan el penacho. Y por eso se le quiere. Todo lo vive en generosa exaltación quijotesca. No se mide. No tiene *puertas cerradas. Le brinca a cada rato el espíritu en los ojos. Se emociona a veces como un niño ante el espectáculo del dolor ageno; o anatematiza y ruge con áspera crudeza hebrea ante los muros de Jerusalén corrupta. No sabe eso que la hipocresía moderna denomina tan helénicamente "cuidarse las líneas". O, si lo intenta a veces, sale siempre derrotado por su temperamento espontáneo. Y es cuando el grito jubiloso o la protesta cálida se le escapan entonces como un taponazo de botella de champaña. Nada lo contiene. Ya está afuera. Ya está afuera también el verdadero semblante del espíritu. Los que no lo conocen se quedan un poco estupefactos ante esta sensibilidad hecha de romántico desorden y repen-

tinias efusiones torrenciales. Los que lo conocen, saben que no se puede estar junto a este super-calentador sentimental sin que irrumpen a cada momento silbantes y eléctricos escapes de vapor.

La Cisterna por eso, más que nada, es la trompetería wagneriana de una ardiente y maciza juventud. No importa que no enaje en ella definitivamente el temperamento del poeta. Revela su fuerza. Anuncia lo que nos puede dar el día que, minero interior, baje Mendilaharsu de verdad a las subterráneas y profundas galerías de su espíritu, y ahí, al amor de la linterna que vela toda la noche, extraiga, a doloroso y paciente golpe de barrena, el verdadero secreto de la enérgica y fría musculatura del metal. Y ese día no tardará. Porque sobran ya en "La Cisterna" estos dos valores, que son lo fundamental de un poeta: sinceridad y entusiasmo. Y esta otra cosa que es lo característico de toda la obra literaria de Mendilaharsu: vida. Pero eso, en "La Cisterna", más que un presente de graves y extrañas sugerencias, más que un inquietante diálogo socrático del poeta con el misterio de la vida, aceptemos su destilante regalo de pasión, música y sueño. Y no analicemos, por eso mismo. No es "La Cisterna" un jardín que han pulido las tijeras municipales de un buen gusto frío y prudente. Es un vibrante pedazo de selva aborigen. Todo se acumula en su frondosidad temblorosa. Palmeras decorativas, flores de envolvente perfume, árboles grandes, árboles chicos; pero siempre, junto a cactus de la sierra fuerte, acrobáticas enredaderas delicadísimas.

Hay, no obstante, en el libro de Mendilaharsu un instrumento que domina con su entonación enérgica a todos los demás. Y es el lirismo descriptivo. Una especie de música más grata que hilvana a señoras puntadas toda "La Cisterna", pero que remacha un botón solidísimo en "Columnas Rotas". Porque es allí donde con más holgura vuela el poeta su temperamento. Más que en ningún otro sitio aparecen enfilados en él, como en la presentación de armas de una parada militar, sus más genéricas cualidades de artista: concepto dinámico de la vida, ardiente tono de himno para narrar, grandes predisposiciones de sentimental origen cristiano que lo llevan al socialismo, constante calor optimista y un modo de ver en

la naturaleza, más que un ensueño enigmático de las cosas, una muda y violenta epopeya de las fuerzas invisibles. "Los Arrecifes", "Los Faros", "Las Montañas", "El Mar", "Los Mendigos", "Los Puertos", son composiciones típicas en este respecto. Revelan la personalidad del poeta en su más representativa floración de matices. Afirman lo que al final del más minucioso resumen crítico me resultaría ser: un poeta objetivo. Pero no en el rígido concepto de los clásicos. Poeta objetivo en la más ágil acepción moderna. Del que sólo describe vitalizándolo todo con las más quemantes calorías de su sensibilidad. De modo que nada resulta frío. Todo tiene algo del fuego y el alma de uno mismo. El paisaje se baña en la sangre del poeta un momento y sale después afuera globular y tembloroso como un organismo vivo. Se realiza un poco, pero por su más candente camino, el viejo concepto de la unidad del universo. Walt Whitman y Verhaeren levantan en esto la nueva luz. Y es tal vez de estos dos omnipotentes ríos de la emoción moderna de donde es más probable que haya hecho surgir Mendilaharsu su matinal y nervioso chorro de agua. Pero, no así su rebeldía. Esa cosa orgánicamente suya y que todo lo contagia con su color violento en sus versos. No. Eso lo arranca de adentro con la mirada o la voz. Se nota siempre que es la espontánea flor sanguínea de su árbol pasional. Todos sus poemas así la llevan. Ve en "Los Arrecifes", por ejemplo, rojos manifiestos de rebelión, a pesar de que:

Cuando en días tranquilos los besan las olas,
parecen serenos girones de tierra que asoman al mar
donde se podría clavar banderolas,
remontar cometas, pescar y soñar...

Sabe también movilizar con un hondo sentido de símbolos humanos, la naturaleza. Y como es optimista, abundan más en sus torres de emoción las almenas con luz. Llama a "Los Faros" su composición de más penacho y pujanza, "los buenos dioses del mar". Y en las montañas, "que exaltan un ansia de invadir los cielos", señala la ruda metáfora de nuestra sollozante interrogación frente al misterio.

Vienen, después, "Rosales del Camino", "Cántaro Galileo" y "El Espejo Ondulante", como partes finales de "La Cisterna". Mendilaharsu ensarta en ellas todo un leve y fino collar de íntimas cuentas. Sensaciones de París, paisajes cosmopolitas, raptos iluminados de confidencias de su corazón. Diríase que se hace un poco ese vendedor de pájaros exóticos que baja de los transatlánticos a llenar las calles del puerto de una infinita nostalgia de países distantes y panoramas entrevistos.

Nada fundamental significan, a pesar de todo, y aún esa delicadísima perla que es "Palabras del Nieto", estas composiciones en su libro. Se ve que sólo son el aleteo de una sensibilidad-pájaro que no ha querido dejar árbol del camino sin posarse en él. Parece que Mendilaharsu hubiera dado un salto desde el recio trampolín de "Columnas Rotas" hasta "Augural", su último poema. Porque es aquí donde se vuelve aparecer con su vibrante panoplia lírica. Pisa otra vez tierra sólida. Nótase al acto que cambia su momentáneo bandolín de pierrot sentimental por la rojiza polvareda del combate. Yergue una robusta voz preñada de augurios. Oye el gran grito de hierro, electricidad y orgullo de nuestra época. Ya no suspira: exalta, profetiza, alienta. Grita a su modo, con Marinetti: matemos el claro de luna! Salmodia el miserere burlón de las melenas y anuncia con larga trompetas de heraldo el porvenir que, según el martillazo musical de su verso resonante, se forjará "en la cumbre más solar de la energía".

JUAN PARRA DEL RIEGO.

Naturalización obligatoria de los extranjeros

(Continuación)

Sentado que somos países de inmigración, y que la inmigración puede hoy más que nunca invadirnos, se nos ocurre por simple asociación de ideas, ligarla con la idea de nacionalidad, ya que ésta debe modelar dentro de una sugestión histórica tantas razas y temperamentos diferentes unos de otros. Se abre entoncees un período heterogéneo de fusión social; y la nacionalidad, que tanto nos ha costado obtenerla y cimentarla, es el factor preponderante que debemos analizar en sus relaciones con aquel hecho social.

Se mezclan en estos países los tipos más contradictorios de pueblos y de constitución étnica. El universo vuela aquí todos los estados de conciencia, verdaderos contrastes de la naturaleza humana.

Esos grupos sociales que han conocido la autocracia, el imperialismo, la monarquía constitucional, la federación o el pacto unitario van ahora a habitar tierras donde constituciones generosas les abren las puertas de la República de par en par, invitándolos a colaborar en un programa de trabajo y de actividad general. Esas tierras son las nuestras, estos pedazos benditos de la tierra bañados por el Plata! Huyendo de la miseria o de los inconvenientes de la densidad de población, por caravanas vienen hacia estas latitudes buscando un sol más elemento o una tierra más proficua que los conduzca hacia la riqueza o el bienestar.

Pero esos hombres, poseen también un alma, un estado de conciencia que los atavismos sociales suelen mover en direc-

ciones sorprendentes. Durante siglos sus antepasados hánse familiarizado con el estado de guerra; el arsenal de prejuicios históricos y morales los ha vaciado dentro de un molde social que no siempre se adapta a nuestras modalidades propias para el ejercicio de la libertad. Conocen la jornada triste de la persecución política, de la ocupación extranjera y' de la intolerancia religiosa! Volcados ahora en este inmenso estado que es la América, contemplan las magníficas extensiones de tierra que reclama el brazo activo para que brote de su seno el fruto vivificante. De la tiranía máxima y por una breve transición se enrolan entre multitudes que no adoran ni un rey ni un autócrata. Saben que los clamoreos no hablan ni de opresión, ni de desigualdad de clases; que cada hombre es hijo de sus obras, el producto de su voluntad; y que la soberanía popular que suele manifestarse entre los estampidos de la guerra civil o en el ejercicio de los derechos cívicos, podrá alguna vez subrayar su indignación por arbitrariedades de mandones,—pero jamás un estado perpetuo de injusticia que abra una fosa entre los individuos, y los inutilice para siempre en las garras de la esclavitud degradante o en los días sin esperanza de un bienestar regenerador!

Y por eso que es desconocida de nuestra apreciación jurídica y moral, aquella fórmula de un pensador notable que retrataba la vida del extranjero a través de la historia, excepción hecha de su último concepto: “Qu'est que l'étranger? Le Grec orgueilleux vous dira: c'est un barbare. Le romain conquérant: c'est un ennemi. Le Chrétien Seul: c'est un frère! La federación, la anficionia griega modelada en un horizonte de belleza, discrepa de aquellos asiáticos enervados, que con oro, pedrerías y armas quieren seducir la encantadora griega o someterla. El romano cuyo “imperium” reside en el perímetro del Foro, impone su centralismo, pero reniega de los extranjeros, que le pagan impuestos y edifican sus ciudades. Pero la doctrina que modifica el alma humana le muestra el extranjero como un hermano comulgando dentro de un propósito visible de fraternidad universal.

Nosotros los americanos, imbuídos por aquellas teorías que destruían el exclusivismo griego y' el despotismo de Roma, acentuamos aún más la fórmula de atracción del extranjero.

La Revolución Inglesa, y sobre todo el movimiento de 1789, nos condujeron hacia una legislación fraternal. ¿Que eran "los Derechos del hombre"?—sino el emblema de una humanidad nueva que quería despertar en un nuevo mundo a su vez! Cortadas las amarras que nos ataban a la metrópoli, nos encontramos solos en presencia del problema de la organización social. Y mientras creábamos nuestro régimen constitucional y de legislación para vigorizar la paz interna, necesitábamos llamar al extranjero para que acudiera en caravana a poblar nuestros desiertos y perfeccionar nuestra riqueza y prosperidad.

La Revolución de Mayo saturada de humanismo y libertad, iniciaba la era moderna de la política y del resurgimiento americano. El resto lo sabéis. Nuestros antepasados lidiaron unidos, con fe, con heroísmo, aquí como allá, y preludiaron a la obra de dos vigorosas nacionalidades. Y para que los hombres que asistían desde Europa, atónitos y sorprendidos ante combates de gigantes—que semejabán más episodios de leyenda como los de la Revolución e Independencia—alimentaran la fe en nuestros destinos nacionales, lanzamos un pensamiento de fraternidad universal: le reconocimos al extranjero todos los derechos y lo exceptuamos de las obligaciones correlativas de dichos derechos. Le inspirábamos así confianza para que se incorporara a nuestra obra colectiva, encendiendo en él la noble y fecunda emulación de la ciudadanía y de la naturalización!

No faltaron, sin embargo, opiniones refractarias que aceptaban de mal grado los beneficios que las leyes otorgaban tan abiertamente. Los más radicales alegaban que tales franquicias importaba crear en una misma sociedad dos clases de personas: unas con derechos y obligaciones, que serían los ciudadanos; las segundas, que gozarían de ciertas ventajas reservadas a aquéllos, sin que las obligaciones cívicas les fueran aplicables. Era, por cierto, fundar una situación privilegiada, para quienes se resolvían a fijarse en estas playas, cualesquiera que fueran sus opiniones religiosas, políticas y civiles, y su ciudadanía de origen. Aparentemente aquellos impugnadores tenían razón, porque los cuerpos de legislación deben proponerse ante todo la igualdad como fundamento de

la situación jurídica, y ésta quedaba quebrantada con esa clase, diré así, "aristocrática", que dentro del Estado constituía otra casta, sin pensarse que ante todo, deben ser los nacionales (en caso de favorecerse) quienes saquen mejor partido de los beneficios constitucionales y de la ley!

Pero la vida social americana dió razón a aquellos precursores de nuestra nacionalidad. Sin población laboriosa y sin recursos impositivos, estos países que nacían a una vida de trabajo tenían los entusiasmos épicos de la juventud y de la fuerza. Carecían de experiencia; la adquirieron entre tumbos y desaciertos. El extranjero resultó entonces un cooperador precioso en la ganadería, en la agricultura y en la industria. La propiedad se valorizó, los campos incultos se cubrieron de suculentas mieses. El imperio de la ley se hizo más estable y fijo. Y entre los desequilibrios de una democracia inorgánica crecieron estos países hacia un porvenir económico definido y hacia una vida social cimentada sobre la propiedad y el trabajo!

Pero el tiempo ha corrido y las ideas se han modificado. Las creencias de hace setenta años no representan ya una positiva ventaja en lo relativo a la evolución de nuestra nacionalidad. Conviene entonces observar a la luz de los factores sociales, qué causas han determinado una evolución en las ideas de naturalización de extranjeros, y cómo llegaremos a plantear la importante cuestión de la naturalización obligatoria.

Los países americanos han aceptado la teoría del "jus soli", como base de nuestra legislación, contrapuesta a la teoría europea que establece la nacionalidad de los descendientes, por la de sus antepasados. Así, pues, la nacionalidad está determinada entre nosotros por el lugar del domicilio. Es el "jus soli" en pugna abierta con el "jus sanguis".

No voy a detallar aquí las razones de la teoría americana, puesto que ella surge de nuestra naturaleza épica y demográfica. Ni tampoco citar los conflictos sobre las personas y las cosas, que derivan del choque del "jus soli" y del "jus sanguis", en sus aplicaciones prácticas, que no pueden ser tratadas dentro de los breves términos de una conferencia. Pero permitidme que aludiendo principalmente a mi patria, abone

en cierto orden de consideraciones para sentar la naturalización obligatoria.

Nuestra vida democrática y nacional mal puede evolucionar tranquilamente ni perfeccionarse nuestro sistema electoral, si miramos con indiferencia una porción considerable de nuestra colectividad dedicados a sus quehaceres comerciales e industriales, con la influencia efectiva que procura la adquisición de la propiedad, sin compartir el lote de responsabilidades en el ejercicio del gobierno y de las funciones públicas y administrativas. Ella entraña admitir las ventajas del poder sin los inconvenientes de la responsabilidad moral y material.

Pero, agregar algo más delicado a esa situación jurídica que afecta a nuestra nacionalidad. Son razas distintas, pueblos de todos los orígenes, de diversas tradiciones, costumbres y hábitos, que conviven con nosotros. Todos los días, como una voz plañidera, se lee o se oye en los mensajes de gobierno, en los editoriales periodísticos, en las enseñanzas de la cátedra, en los artículos de revistas, y en la elocuencia de la plaza pública, que a pesar de ser nación, no tenemos aún definida la conciencia moral que de un extremo a otro de la República vibre como una bella unidad en sus partes, y que traduzca un unánime sentir en las aspiraciones, en los anhelos y en las esperanzas; y que si somos argentinos, por la guerra, por las revoluciones, por las contiendas sociales, por el espíritu de sacrificio y de vivir unidos, no asimilamos esa masa de extranjeros incorporándola a nuestra nacionalidad, esa misma masa de extranjeros que conjuntamente con nosotros celebró el glorioso Centenario de Mayo, entonando el himno nacional como gratitud suprema al país que los había redimido de la pobreza y hecho compartir un porvenir de grandeza y libertad! Esos extranjeros anhelamos verlos mezclados a nuestras campañas republicanas. Para ellos es la naturalización obligatoria, porque han aceptado el país como su segunda patria, viviendo en ella, afincándose, originando una familia, y desparramando en torno del hogar, una atmósfera de cultura y de moral. Los buenos antecedentes, la conducta personal y el ánimo de residir, abonado por tantos años de estada, son un argumento perentorio para declararlos naciona-

les. Pero, ante todo, se debe salvar un escrúpulo muy respetable de conciencia. Deberemos evitar en la futura ley resultante de la reforma constitucional, el acto jurídico de la declaración expresa. Ningún extranjero quiere someterse a un acto de renunciamiento a su patria. Creería estar afectado con una "Capitis Diminutio" y su personalidad se desmedraría. La ley debe hablar con una nota persuasiva, prescribiendo las condiciones que debe llenar el extranjero para cambiar de ciudadanía, sin obligarlo a renegar de su propio suelo. Y tenemos confianza en que las exigencias del medio colectivo, razones de familia, causas económicas, facilitarán la transición de nacionalidad, sin un escrúpulo doloroso que disminuya la eficacia de la naturalización. Debemos ser sabios y hábiles en la reforma y decirle: "Eres digno por tu conducta, por tu pasado, por el rol que has llenado en sociedad, de pertenecer a nuestra nacionalidad. Puedes ahora aspirar a las funciones directivas del país; y que en las asambleas públicas se oigan los dictados de tu experiencia; y que tu cautela, tu origen de trabajador sano y honesto influya en la cosa pública. La naturalización, te es impuesta sin herir tu delicadeza. La participación política tuya hará más reducido el campo de los aventureros y de los audaces. Y ya que adquieres un pedazo de suelo, prepárate con tu sangre y con tus responsabilidades para hacerlo prosperar. Los delincuentes y los maquinadores ocultos que se deslizan por entre nuestras fronteras, tendrán así menos motivos para usar procedimientos temibles y exóticos que inquietan la nación. Es preciso que la soberanía nacional refleje los latidos de las nobles jornadas de la democracia, y no las protestas indignadas de turbas que hablan de odio, de crímenes y de asaltos!

Fustel de Coulanges al evocar la ciudad antigua, refiere que todos aquellos que adoran los mismos dioses y practican idénticos ritos, son hombres libres dependientes de una comunidad en cuyo altar arde perpetuamente el fuego sagrado.

Si un paralelo fuera posible después de más de veinte siglos de aquella civilización, nos forjaríamos la idea posible de sociedades americanas, donde los conflictos jurídicos y de razas no podrían prosperar. Cada nación sería aún una comunidad de derecho, en que todos sus habitantes extranjeros, sin

necesidad de una declaración expresa serían sus miembros plenamente capacitados para el ejercicio de todos los derechos que las cartas fundamentales otorgan tan espléndidamente. Sería una aurora en la evolución jurídica de las sociedades, apareciendo en América, como la síntesis más perfecta de una organización moderna, que reconciliaría a los hombres, separados por celos, por prejuicios o simplemente por atavismos o intereses materiales.

El siglo XX es el siglo de América. Sería pueril desconocer esa verdad tan contundente revelada por el progreso histórico del mundo. La guerra ha puesto de relieve que si algunas razas han vencido en la contienda, existen también pueblos que han experimentado los efectos perniciosos de la disolución interna. Pero la guerra, además, ha sentado otra verdad: Que si los colosos del mundo ventilan sus pasiones entre el fuego y el plomo, la América ha sido eficaz cooperadora en la mortífera contienda. Ha enviado sus productos naturales, y así han sido factores eficientes para el sostenimiento de millones de combatientes.

Se desprende así una ley de solidaridad; América no es ya más *quantité négligeable*". En el concierto universal ocupa un puesto respetable, que sería impolítico y hasta peligroso desconocerle. Y así como estas naciones de la América del Sud triunfaron en las lides de la independencia, contaron con sus recursos propios para organizarse constitucionalmente, y en estos últimos años multiplicaron sus cultivos para alimentar a las naciones conflagradas; con la misma gallardía y decisión mantendrán incólumes su decoro y su honor, acertando con el régimen interno y externo que consulte sus legítimas aspiraciones dentro de la justicia, del orden y de la libertad!

La América Latina, con su encantadora espontaneidad juvenil, ha repetido una vez más su deseo de consolidar el reinado del derecho.

Esa protesta contra toda iniquidad social vinculará mejor la juventud de todas las repúblicas sudamericanas, de la juventud estudiosa y pensadora, consciente de la obra magna que aquella debe cumplir. Piensa en un sentimiento bondadoso: la solidaridad moral. Será el lema que inspirará sus

creaciones artísticas, sus máximas filosóficas y sus postulados económicos. Constituirá la alianza más estrecha basada en las ideas y las ideas son eternas. Nacerá así una nueva democracia con un espíritu nuevo. ¿Y qué es el espíritu nuevo? sino un maravilloso estado de conciencia moral que viene a su hora para suavizar el desequilibrio del universo!

Este espíritu nuevo, que alimenta el alma de vosotros, jóvenes uruguayos del Centro "Ariel", ha sido ya oído como una resonante invitación entre los demás hermanos del mundo americano para ir a la cruzada redentora. Es la constitución de una democracia orgánica la que nos preocupa. Será distinta de la anficionia griega, de la República de Roma, de los gobiernos de Venecia, Génova y Florencia. Será una democracia con sus rasgos propios de altruismo social y con fines de redención humana. Pero la deseamos engendrada en el culto de la belleza, en el amor de sus antepasados, en la elegancia del pensamiento y en las irresistibles deducciones del bien decir. La deseamos social y artística a la vez. Insistimos en el pasado clásico para que la prosa de nuestros artistas, los sueños de nuestros poetas, la cuerda de nuestros dramaturgos, y la imaginación de nuestros escultores, se eleve por encima de las cosas materiales, modelando en la pureza de las líneas los misteriosos arrebatos de la pasión humana!

Entonces, señores, habremos cooperado al progreso de la humanidad. Nuestra democracia no será excluyente ni sectaria. Y bien podría ser la naturalización obligatoria de los extranjeros dentro de las normas esbozadas el eslabón más resistente para robustecer la cohesión social.

Señores:

Nos vamos a separar. Estas horas pasadas en Monteivideo, donde los argentinos venimos a menudo a buscar esparcimiento y descanso, son gratas por su buena hospitalidad, por su cultura intelectual. Y por la sonrisa que el sol imprime en su fisonomía.

¿Y cómo no confundirnos con vosotros? si nuestras crónicas históricas respiran los mismos heroísmos.

Celebráis hoy el 66.º aniversario de la muerte de Lavalleja, aquel de quien dice una antigua leyenda: "El pueblo Oriental a su Libertador". El con Artigas son vuestros hé-

roes epónimos. Su recuerdo os enseña cómo se triunfa de los enemigos más poderosos.

Que el pasado heroico de ambas naciones nos dé el valor cívico necesario para acometer las reformas sociales y políticas. Habría así, la actual generación, escrito una página elocuente cumpliendo con el dictado de nuestros padres que vencieron y murieron por la libertad de un mundo!

JUAN CARLOS GARAY.

Octubre 22 de 1919.

Extensión Universitaria

La pequeña Universidad de Oviedo puso no ha mucho en práctica la extensión universitaria.

Consiste, como sabemos, en extender la cultura universitaria, filosófica, literaria o científica, hasta la masa obrera.

Esta extensión se hizo, ora en forma de conferencias, ora en forma de simples conversaciones, realizadas, generalmente, en los centros culturales obreros, o en los centros socialistas.

Para dar una idea más o menos clara, voy a exponer, brevemente, la forma de extensión adoptada por la Universidad de Oviedo:

1.º Conferencias en la Universidad, con carácter de cultura general y dirigidas a un público mixto, comprendiendo, ya series de lecciones, ya lecciones sueltas. Las series fueron: Instituciones históricas asturiana (señor Canella); Baudelaire (señor Marqués de Valero); Hauptmann (señor Altamira). Las segundas, una sobre el rayo (señor Cabañas) y otra sobre la combustión (señor Urios).

2.º Conferencias pedagógicas para los maestros a cuya obra quiere colaborar singularmente esta Universidad, siguiendo el movimiento, iniciado en otros países, donde cada vez se van enlazando con mayor intimidad todas las funciones de la educación y las enseñanza y dislocándose al par de las antiguas jerarquías. El señor Canellas inició este orden de trabajo, tratando del derecho usual.

3.º Clases especialmente destinadas a los obreros, y que son como el germen de la llamada "Universidad Popular", que cada año va delineando en la obra de la de Oviedo. En estas clases, donde fué preciso limitar la matrícula a 50 alumnos, se

ensaya una enseñanza familiar, que ponga en comunicación más estrecha y fecunda a maestros y discípulos. Derecho, Economía, Educación Cívica, Historia de la Civilización, Cosmografía, Ciencias Naturales, Lengua y Literatura Castellana, fueron los asuntos confiados a los señores Canellas, Buylla, Posada, Jove y Beltrán. Las clases terminaron, como de costumbre, con una reunión familiar en la Universidad, donde obreros y profesores acentúan su solidaridad con un sentido que el señor Sela pone con suma intención de relieve.

4.º Lecciones fuera de la Universidad, que es como la extensión, se inició en Inglaterra y América del Norte. Los señores Posada, Mur, Altamira, Arias de Velasco, Buylla (don Arturo) y Sela, dieron en el Centro Obrero de Oviedo lecciones y cursos sobre la Enseñanza popular, las corrientes alternativas, el Quijote, el carácter moral de la educación, la tuberculosis y la Historia Contemporánea. En otros centros y círculos de Langreo, Gijón, Avilés, Trubia, Mieres, Salinas, casi todos los profesores ya citados, con los señores Alborno, Aparicio, Alvarez, Casariego y Crespo, explicaron sobre Historia de España, cuestiones económicas, Problemas de educación, Instituciones obreras, el Quijote, Educación popular, Transformaciones de la energía, Víctor Hugo, Teoría de los explosivos, Filosofía de la Historia y Cooperación.

Esta larga enumeración nos da una idea de lo que es la extensión universitaria. Propiamente correspondería a nuestra Universidad iniciar este movimiento cultural, que es una de sus funciones sociales, sin embargo, no es de esperarse, que

El Centro Estudiantil "Ariel" cuenta con un nuevo socio corresponsal, el joven poeta riograndense Jorge Salis Goulart. de buen grando, la invitación que me hiciera mi amigo Almovimiento, niciado e notros países, donde cada vez se van El Centro Estudiantil "Ariel", siendo una institución cultural universitaria, tiene la obligación moral de velar por todo

La forma de cursos de conferencias,—e sincompleta. Ella bla con los Directores de los Centros Obreros, ya sean centrors parta de ella su iniciación, en un medio, como el nuestro, huérfano de cultura. Nuestro profesorado — salvo honrosas excepciones — no tiene tiempo para ocuparse de una acción que parece ajena a la misión docente universitaria, está dema-

siado absorbido por la política o por sus tareas profesionales. El Centro de Estudiante "Ariel", siendo una institución cultural universitaria, tiene la obligación moral de velar por todo aquello que signifique extensión de esa misma cultura.

La forma de cursos de conferencias,—es incompleta. Ella no llega generalmente a la masa obrera—apróvecha, sólo a la clase social aristocrática, y creo con sinceridad que el proletariado ha demostrado siempre más ansia de saber que la clase aristocrática — aunque las apariencias demuestren lo contrario — por lo menos, hay más sinceridad, más afán por conocer como son las cosas.

Nuestra obra cultural puede realizarse poniéndonos al habla con los Directores de los Centros Obreros, ya sean centros políticos o de enseñanza. Ellos nos facilitarían locales para dar nuestras conversaciones o conferencias, ellos nos harían la propaganda necesaria para que el obrero concurriera a nuestras clases.

Por intermedio de la prensa, o bien por manifiestos invitáramos a los obreros oyentes, al mismo tiempo que daríamos a conocer al país, nuestra noble misión cultural.

Las conversaciones versarían sobre diversos temas — tratando de que ellos sean esencialmente prácticos — y si fuera posible, con proyecciones luminosas o con demostraciones experimentales. Las conferencias o conversaciones pueden dividirse, a mi juicio, en 6 o 10 secciones, comprendiendo en ellas temas prácticos, teóricos, científicos o literarios.

Las 6 o 10 secciones podrían ser las siguientes: 1.º Historia de la civilización. 2.º Sociología. 3.º Historia Natural. 4.º Derecho usual. 5.º Ciencias, físicas y químicas. 6.º Literatura. 7.º Nociones de lógica y de moral. 8.º Música y arte. 9.º Economía. 10 Geografía física y general. Sin perjuicio que a estas 10 secciones se puedan agregar otras que los señores miembros de la Directiva crean conveniente. Cada sección estará a cargo de 2 o 3 estudiantes.

La Comisión Directiva del Centro "Ariel", podía invitar, si lo creyera conveniente, a los profesores o estudiantes dispuestos a dictar estos cursos.

También se podía solicitar el local de la Universidad para llevar a cabo éstas secciones. Ellas deben ser necesariamente nocturnas.

Sin otro motivo presento a consideración de la Comisión Directiva este proyecto de extensión universitaria.

ILDEFONSO PEREDA VALDEZ.

Montevideo, octubre de 1919.

NOTAS

La grey estudiantil

Sus verdaderos horizontes

Un compañero del Centro, joven estudiante de cuarto año de Secundaria, nos ha entregado este artículo para su publicación. Acaso pueda notarse en esta página, más de un defecto, pero, ya que las ideas que contiene dicen de un elevado sentido de la misión de los universitarios hemos creído que hacíamos obra de bien y de estímulo al publicarlo.—N. de R.

De paso por las aulas universitarias, hagamos un pequeño estudio del espíritu predominante en la juventud estudiosa, analicemos su propia idiosincrasia, y el resultado que obtendremos es bien desconsolador por cierto.

En efecto: desconcierta profundamente al espíritu progresista, la indiferencia pasmosa para todo lo que signifique un perfeccionamiento, sobre todo en el orden intelectual.

Encuétrase profundamente arraigada en el mundo estudiantil, una orientación esencialmente de carácter utilitario, que excluye toda manifestación que tienda a provocar en la voluntad casi inerte, diríamos, del estudiante del aula, un asomo siquiera de disposición hacia ideales más en consonancia con el verdadero papel que debe desempeñar en la sociedad en general, y en particular en las esferas intelectuales, el futuro profesional. Porque sin disputa, el estudiante es un factor apreciable en lo que se refiere al mejoramiento cultural de las masas, por cuanto aquél forma parte integrante de la familia y ésta de la sociedad.

El buen estudiante, empapará de sus conocimientos a toda persona que mantenga una cierta relación con él, transformándose así en un poderoso vehículo de difusión e inculca-

ción de sanas orientaciones; porque sentirá la voz del deber que le impone, no sólo perfeccionarse a sí mismo, sino abandonar resueltamente esa actitud egoísta, e interesarse constantemente en rectificar los falsos conceptos que fácilmente se arraigan en las multitudes, para obstaculizar su marcha funesta, ya que es de todo punto imposible anular su acción completamente. Para esto es necesario constituirse su propia opinión, consciente y sincera, fruto del razonamiento juicioso y del espíritu de investigación, tendencias ambas que deben siempre formar parte de su mentalidad.

Esa opinión debe ser de base y constitución sólida, pero al mismo tiempo de cierta flexibilidad, la cual llegado el caso le sirva de baluarte y de defensa.

Estas consideraciones pierden todo su valor ante la palpable realidad de lo que sucede actualmente. El estudiante se aprisiona a sí mismo en un círculo reducido de actividades, a pesar de que su condición natural debería infundirle sobradas fuerzas para impulsarlo a abarcar horizontes más amplios.

De este modo se dignificaría a sí mismo y a su condición, y se haría acreedor a otra clase de consideraciones.

Como se comprenderá, muchos son los perjuicios que ocasiona, muchos los males que produce, esta rutina equivocada, de aparentes ventajas, pero que en realidad resulta hasta cierto punto funesta.

Es claro que no llegaremos a trasponer la meta del ideal perfecto, solo por obra del primer impulso de nuestras voluntades, sino por la fuerza constante de la evolución progresiva; pero esta misma circunstancia refuerza el fondo íntimo de esta idea que vengo desarrollando, por cuanto los cimientos del edificio del progreso lo constituyen la primera decisión para acercarnos rápidamente al fin concebido de antemano.

A mi juicio, el primer paso que debe darse hacia la conquista del fin propuesto, es el de reunir en un núcleo o corporación, todos los caracteres afines, todos los pensamientos análogos, donde se ventilen los problemas fundamentales que atañen directa o indirectamente a la grey estudiantil, donde se establezcan saludables normas de conducta, donde el es-

píritu sienta elevarse sobre la mediocridad, y donde todos en común, aunando sus esfuerzos en uno solo, puedan transformar en un faro de luz viva que advierta a los desorientados navegantes que surcan las aguas del aula universitaria, lo que antes constituía una simple promesa de perfeccionamiento.

Pero pensemos un instante y notaremos que la dificultad no es tan grande como a primera vista se nos presenta, y que solo en nosotros reside la iniciativa de dar o no un gran paso hacia adelante.

Veamos: en realidad, ¿no existe ya la base fundamental que nos abre el camino hacia la conquista del ideal? Sí, existe afortunadamente; pues un núcleo de compañeros inteligentes y entusiastas, dignos de nuestro respeto y admiración, han cimentado la base para la realización feliz de las verdaderas aspiraciones estudiantiles.

Su obra es digna de elogio; ¿cuál es?, pues es la creación del Centro "Ariel", que llevando como bandera los sabios preceptos inculcados en nuestro espíritu por nuestro grande e infortunado maestro José Enrique Rodó, se dispone a cobijar en su seno a todos los que deseen formar parte de la vanguardia de las falanges estudiantiles.

Secundémosles, pues, imitémosles, infundémosles nuevos bríos constantemente, y divisaremos con satisfacción la etapa final hacia la conquista de la superioridad dignificadora.

JOSÉ O. COSCO MONTALDO.

REVISTA "ARIEL"

Condiciones de suscripción

República Oriental del Uruguay (precio del ejemplar)	\$ 0.20
» » » » suscripción anual	\$ 2.00
Exterior y Países de América (precio del ejemplar)	\$ 0.30
» » » » suscripción anual	\$ 3.00
precio del número atrasado	\$ 0.40

Aparece mensualmente con un minimum de 40 páginas

Las suscripciones trimestrales y semestrales se calcularán por el precio del ejemplar. Sólo se tendrán en cuenta las solicitudes de suscripción que vengan acompañadas del importe correspondiente. Las suscripciones en el Exterior y en el Interior de la república, serán por lo menos semestrales, y el envío de su importe se hará por giro postal o cheque a la Administración. En las localidades donde exista Socio corresponsal del Centro de Estudiantes "Ariel" que representa a su vez el órgano oficial de la Institución, éste entenderá directamente con los interesados en todo lo que se relacione con suscripciones, cobranza, reparto de ejemplares y avisos.

Toda comunicación relacionada con la Revista "ARIEL" debe dirigirse a la Administración:

SARANDI 490 - MONTEVIDEO (R. O.)

PABLO ZANETTA

BICICLETAS Y MOTOCICLETAS

Soldadura autógena y taller de reparaciones

Bicicletas y motocicletas

Neumáticos

"ALCYON"

"HUTCHINSON"

UNICO REPRESENTANTE

Repuestos de toda clase

Calle MERCEDES 898 y RINCON 1431 al 49

Teléf.: LA URUGUAYA 1085 Cent. -- MONTEVIDEO (R. O.)

DISPONIBLE

EL GLADIADOR

**TALLER DE FOTOGRAFADOS
Y DIBUJO**



Yaguarón, 1273 y 75

— MONTEVIDEO —

Teléf.: La Uruguaya, 1038 Cord.



ENGLAND

F. L. CABRERA

Articulos para hombres

Zapatería

Sastrería

Confecciones

ARTICULOS PARA SPORTS

659 SARANDI 661, Esq. B. Mitre - MONTEVIDEO

ARIEL es la tribuna abierta al ensueño y al ideal de los nuevos.

ARIEL es la Revista de la juventud intelectual y universitaria de América.

ARIEL es acción, entusiasmo y juventud.

ARIEL es una inquietud de justicia, un propósito de verdad y una aspiración de belleza.

ARIEL quiere realizar obra intensa de renovación y de mejoramiento.

"NUESTRA CAUSA"

REVISTA MENSUAL DEL MOVIMIENTO FEMINISTA

Directora: Dra. PETRONA EYLE

Suscripción semestral: \$ 1.00

Se reciben suscripciones y avisos en la Administración de la Revista "ARIEL"

"BASES"

Tribuna de juventud universitaria liberal argentina

PUBLICACIÓN MENSUAL

Director: JUAN ANTONIO SOLARI

Suscripción adelantada (6 N.ros) \$ 0.25—N.º atrasado \$ 0.10

Se reciben suscripciones en la Administración de la Revista "ARIEL"

EXTRACTO DE MALTA “URUGUAYA”

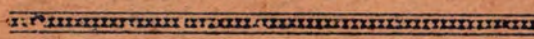


El EXTRACTO DE MALTA «URUGUAYA» ante la opinión científica, ocupa como alimento, un puesto sobresaliente. — No existe tónico de resultado más positivo.

Sus singulares propiedades terapéuticas han sido constatadas en los análisis químicos — Estímase por su actividad diastásica los méritos de una elaboración técnica ejemplar.

Pídanlo en todas partes.

CERVECERÍA URUGUAYA 

 **MONTEVIDEO.**